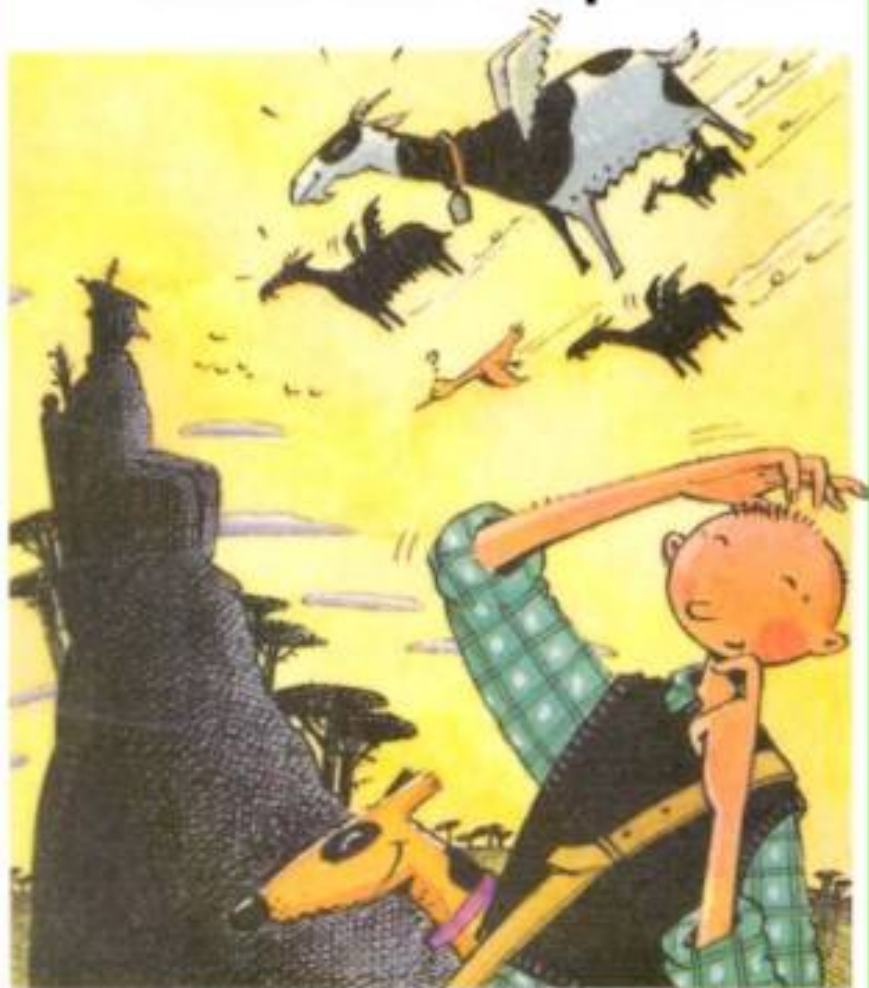


ala delta

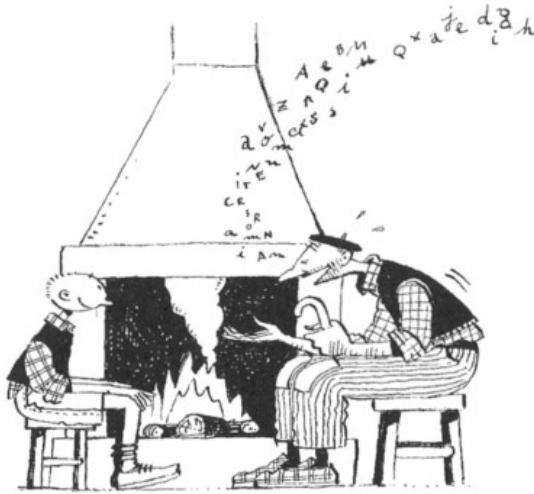
Elena
O'CALLAGHAN I DUCH

**A RÍO REVUELTO,
GANANCIA DE... ¡CABRAS!**



En una misma noche y por separado, desaparecen sin dejar rastro un pastor, un perro y un rebaño de más de cien cabras. ¿Secuestro? ¿Robo? ¿Fenómeno paranormal? De mano del propio pastor y de su perro, el lector se adentrará en un bosque misterioso convertido en peligroso laberinto de intrigas y turbias maniobras.

Elena O'Callaghan i Duch, recuperando los refranes y dichos populares, nos ofrece una obra trepidante, irónica y humorística, en la que el lector descubrirá la verdadera historia de Roberto de las Cabras.



A río revuelto,
ganancia de... ¡cabras!

*A Coloma Moreno,
epidemióloga profesional,
apasionada lectora vocacional
y, sobre todo, ...gran amiga.*

Índice de contenido

Cubierta

A río revuelto, ganancia de... ¡Cabras!

Prefacio

PLANTEAMIENTO: Agua que no has de beber, déjala correr.

1. Ocasión perdida, no vuelve en la vida.

NUDO: Ir a por lana y volver trasquilado.

2. Quien con críos se acuesta, mojado se levanta.
3. Si no quieres perder el becerro, cuélgale un cencerro.
4. Si la envidia tiña fuera, ¡qué de tiñosos hubiera!
5. Quien canta, su mal espanta.
6. Rebuznos de burro no llegan al cielo.
7. Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados.
8. No se puede repicar y estar en la procesión.
9. No hay peor ciego que el que no quiere ver.
10. Más vale ser cabeza de ratón que cola de león.
11. El no hacer falta y el estorbar juntos suelen andar.
12. No se hizo la miel para la boca del asno.

13. Quien no quiere cuando puede, no puede cuando quiere.

14. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

15. Quien siembra vientos, recoge tempestades.

DESENLACE: Antes que acabes, no te alabes.

16. No se puede cantar victoria antes de tiempo.

17. Cabras y cabritos, a todos nos traen fritos.

18. A río revuelto, ganancia de pescadores.

Epílogo: Obra empezada, obra acabada.

Se cuenta, por la zona de Cataluña y Aragón, que Roberto era un pastor que tenía un rebaño de cabras negras. Creyó que las blancas eran mejores y dio dos negras por cada una blanca. Cuando las tuvo blancas, creyó que se había equivocado, y entonces dio dos blancas por una negra, y así fue cambiando hasta quedarse sin una cabra. Por tanto, hacer el negocio de Roberto de las Cabras significa hacer un negocio ruinoso.

PLANTEAMIENTO:

Agua que no has de beber,
déjala correr.

1. Ocasión perdida, no vuelve en la vida

HE aquí que Roberto cuidaba de las cabras que pastaban por los alrededores de la colina del Marqués del Piñón, un poco más allá del Quinto Cuerno, cerca de donde Cristo dio las tres voces, en un lejano rincón de una tranquila comarca prepirenaica donde nunca pasaba nada digno de mención.

Alguien podía pensar que, en realidad, eran las cabras las que cuidaban de Roberto. Pero eso jamás lo supo nadie con certeza, sobre todo a raíz de los hechos ocurridos una noche de luna llena, hacía ya unos cuantos años.

Aquella noche, Roberto se había acurrucado bajo un chopo, envuelto en una delgada manta de algodón. Cuando hacía buen tiempo y el clima era benigno, Roberto pasaba la noche al raso con su rebaño.

Su fiel compañero, a quien después de recogerlo todavía cachorro bajo unos matorrales, había olvidado poner nombre el día que decidió adoptarlo, había pasado a ser conocido con el mismo nombre de su amo: Roberto. Pero, cosas que pasan, la gente del pueblo, los campesinos y los pastores de la comarca, para diferenciarlo de su amo, pronto lo llamaron Berto.

Berto era más amigo de la chiquillería de las casas de labranza vecinas y de los pueblos de alrededor que de las cabras. Por eso se convirtió rápidamente en el primer perro de la historia con nombre y apellido. Se convirtió en el respetable Berto Niñero.

Su amo también tenía nombre y apellidos, claro. En realidad se llamaba Roberto Cabrera Cabrero, pero todo el mundo lo conocía por Roberto de las Cabras.

Así que Roberto de las Cabras y Berto Niñero dormían aquella noche, cobijados bajo un generoso chopo, mientras el rebaño de cabras locas hacía de las suyas. Cabe señalar que las cabras de Roberto, por las noches, se volvían todavía más locas, que ya es decir. Pero la noche era la noche, y Roberto tenía muy claro que era su hora de dormir; si las cabras querían hacer locuras durante un rato, allá ellas, que por algo eran cabras.

Además, Berto Niñero era el responsable del rebaño hasta las cinco de la madrugada. Ése fue el trato: Roberto las controlaba de día, y Berto de noche. Ése era el pacto, pero, a la hora de la verdad, entre los dos hacían lo que podían porque, cuando había que contar las cabras, Roberto se armaba un taco de mucho cuidado al llegar al número veintinueve:

–Veintiocho, veintinueve y... y... y..., ¡veintidiez!

Ahí empezaban los problemas:

–Veintionce, veintidoce, veintitrece... –seguía contando, tan feliz.

Y cuando llegaba al número veintidiecinueve, la cosa ya se descontrolaba del todo.

Pero no se preocupaba demasiado, porque sabía que eso de contar era cosa de Berto Niñero, que para algo se había hecho medio novio de Bruma, la perrita del maestro del pueblo, y esas influencias, tarde o temprano, se tenían que notar.

También cabe decir que Roberto no veía a un palmo de sus narices, aunque él no lo sabía. Tenía una fe ciega –nunca mejor dicho– en su fiel perro. El fiel Berto, en cuanto veía una cabra un poco más allá de la colina del Marqués del Piñón, salía como un cohete a buscarla y, por las buenas o por las malas, la hacía volver inmediatamente. Su autoridad no la cuestionaba ni la cabra más loca del rebaño.

Roberto a duras penas divisaba la colina del Marqués. Para él era una simple masa informe en medio de un mar

de colores terrosos y de verdes indefinidos. Y si una cabra se alejaba más de ocho metros y medio, dejaba de ser una cabra. Podía ser un jabalí, una roca, una mariposa, un matojo o un escarabajo gigante. Eso sí, el oído del pastor era el más fino de la comarca.

Volviendo al tema, aquella noche algo despertó a Roberto. Miró tan lejos como sus ojos le permitieron. Es decir, un par de metros.

—¡Berto! ¡Despierta, animal! Oigo un ruido extraño, diferente. No es un ruido de noche. De noche-noche, quiero decir.

Y Berto, medio dormido:

—Pero si he contado las cabras hace diez minutos y no faltaba ninguna. Venga, déjame dormir.

—¡Berto! Levántate, que pasa algo extraño.

El perro abrió un ojo:

—Deben de ser las cabras; siempre que juegan a la gallinita ciega acaban peleándose, que ya me lo conozco. Lo hacen adrede para tocarme las narices.

—¡Berto! No son las cabras. Además, tú no tienes narices.

—¿Cómo que no tengo narices?

Roberto estaba seguro de que los perros no tienen nariz:

—¡Morro! Mucho morro es lo que tú tienes. Por las noches te toca a ti. O sea que levántate e inspecciona.

Berto Niñero estaba a punto de soltar uno de esos bostezos tan musicales que sueltan los perros que no tienen ni pizca de vergüenza.

Pero se cortó en seco.

—Ahora que lo dices —reconoció, olfateando en dirección a la colina—, quizá sí que pulule por aquí cerca algo no-nocturno.

—¡Ya te lo he dicho, pedazo de alcornoque!

—¡Eh, eh! Vayamos por partes, que desvelar repentinamente a un perro dormido, puede provocarle un ataque

cardíaco y... Después pasa lo que pasa.

–Venga, ¡haz un esfuerzo!

El perro se desperezó.

–¿Y ahora me harás ir hasta allí?

–¡Mira! ¡Algo se mueve! ¿No será la cabra Carmela, que se nos vuelve a escapar?

–¡Imposible! –mintió el perro–. Seguro que no. La he dejado castigada en el corral porque ayer me dio un mordisco en la pata delantera izquierda que todavía me duele.



–Espabila, animal, espabila, que yo no veo tres en un burro.

–¡Has dado en el clavo! –exclamó Berto Niñero, enderezando las orejas y poniéndose todo él en tensión–. Son tres y van en un burro.

Efectivamente, eran tres e iban a lomos de un burro. Todo parecía indicar que no se habían percatado de su

presencia. Ellos iban a lo suyo.

—¿Vendrán a robarme las cabras? —preguntó, temeroso, el pastor.

—Pero ¿qué lío te estás haciendo ahora? Mientras yo esté aquí, ¡tendrán que pasar por encima de mi cadáver! —exclamó el perro en el tono más dramático que encontró en su repertorio canino.

Puesto que, cosa rara, las cabras tenían una noche relativamente tranquila, los dos Robertos decidieron seguir a aquel sospechoso trío que viajaba a lomos de un burro.

—¡Un momento! —gritó Berto, en un ataque de responsabilidad.

—¡Rápido, que se nos escapan!

—Pero tengo que dejar las cosas atadas...

—¿Atar las cabras? Imposible, no tenemos tiempo.

—No, no. Las cosas. Si tú y yo nos vamos, no podemos dejar descontroladas a esas locas. Vete andando, que ya te alcanzaré. Síguelas el rastro.

—¿Que siga el rastro? Oye, peludo, el perro eres tú. Además, no veo a un palmo de mis narices.

—Pues pega la oreja al suelo y tira millas.

Y mientras el pastor se arrastraba en la negra noche, con la oreja pegada al suelo como un indio, el perro llamó, de entre todas las cabras, a la más sensata (que ya tiene mérito el tema) para que lo sustituyese durante su ausencia.

—Sólo será un ratito. Toma, en este bloc apuntas a las que no se porten bien.

—Pero si yo casi no sé escribir... —protestó Negrita—. Tengo muy mala letra. Además, después me dirán que soy una acusica, una chivata, una delatora y una traidora. Que lo haga Carmela, que tiene más morro que yo.

—¡Buf! —Berto perdió la paciencia—. Todas sois iguales. No me puedo fiar de nadie. Da igual; lo único que tienes que hacer es no dejar que tus compañeras se escapen más allá de la colina del Marqués. ¿Entendido?

–Yo... yo... yo... Es que yo no quiero...

Y el perro se largó sin saber qué era lo que no quería la cabra. Y, mientras se alejaba, tuvo tiempo de espetarle:

–¡A ver si todavía te dejo mañana en el corral!

Ante la contundencia de semejante amenaza, Negrita no tuvo más remedio que decir:

–¡Bueeeeno!

En la negra noche, Berto empezó a seguir los dos rastros: el de su amo y el del burro. Pero, veinticuatro metros más allá, el rastro de uno se desviaba hacia la derecha y el de los otros hacia la izquierda.

«¡Qué extraño! –pensó–. ¿Y hacia dónde voy ahora?».

El dilema era grave.

Por una parte, sentía una fuerte curiosidad, y pocas ocasiones tiene un perro de desvelar un misterio; por otra, la conciencia le decía que debía ir en pos de su dueño y olvidarse de experimentar novedades. La perruna vocecita interior le decía: «Agua que no has de beber, déjala correr». ¡Maldita conciencia! ¿Quién la había inventado?

En aquellos momentos de indecisión, la memoria le hizo una jugarreta al recordarle un refrán que Bruma, su novia, le había enseñado: ocasión perdida, no vuelve en la vida.

–Se refiere a las oportunidades que te brinda el destino –le había explicado Bruma.

Este recuerdo y el oportuno graznido de un ave nocturna fueron la señal del destino que Berto estaba esperando. Algo decisivo para tapar la boca a la conciencia. Estaba claro que tenía delante la oportunidad de su vida.

–¡Mezquina conciencia: que te den morcilla! –exclamó en voz alta–. Asunto zanjado.

Así fue como, finalmente, entre la curiosidad que le corroía y la tan consabida fidelidad canina, Berto decidió arriesgarse por la novedad y seguir al burro. ¡Qué caray! La historia canina ya estaba escrita, y por la fruslería de un